

El dueño de un «almacén»

—Yo, al menos, vivo en el descuido y la garantía de poseer un «almacén» bien abastecido, pues lo tengo muy capaz para lo que mis necesidades puedan consumir. No por ello se crea que me agita el temor ni me obsesione repasando las posibilidades de robo que pudieran acontecer; al fin, siendo cosa inevitable, en caso que tuviera lugar, sería locura desesperarse. He adoptado mis medios de defensa y no creo que estos puedan ser abatidos fácilmente. En primer lugar, la cámara está situada en el fondo de la casa y a ella se dá acceso por una puerta de roble, bien claveteada e incrustada de fieles cerraduras, que se fabricaron bajo la exigente y prolija inspección de mi padre. Ventana no hay; sólo una lucerilla en el techo trabada de dos barrotes de hierro, por entre los cuales no cabe animal que pudiera causarme la menor avería; es la única ventilación, la suficiente para que aquellas ricas prendas encuentren una salida a sus emanaciones. Así pues, es difícil imaginar una contingencia que pudiera despojarme de todo aquéllo; pero, como digo, si el ingenio humano diera al traste con tales seguridades no iba yo a ser quien se tirase al río ¡que báh! Trabajo me ha costado hacinar mi «depósito» y ornarlo de exquisiteces inapreciables, que sólo de pensar en ellas me consumo de gusto, mas si el destino me tiene señalada una desgracia, para enfrentarme con ella tengo también mis reservas de resignación y ánimo. Un sensato y reservado burgués de este país, ¿qué otra cosa favorable o perjudicial pudiera decirse de mí? Esta es mi disposición y talante frente al mundo. No es que diga que no me doliera algún mal acontecimiento, pues es una galleta que piso, un grumo de miel que se desborda y ya me contrario para todo el resto del día; pero al fin, si la suerte variable diera en conspirar contra mí... ¡Ah! qué absurdos pensamientos; mi puerta es una fortaleza y de añadidura antes haría su defensa con mi cuerpo que por algo se tiende a dormir a su pje: antes pasaba las noches en el que siempre fué mi cuarto desde que nací, pero en beneficio de mi «depósito» dejé aquel mundo de expresivos recuerdos y trasladé mi cama a la medianería por reforzar la custodia. A mano tengo un arma que no respeta vidas, pues mete en el cuerpo a cada descarga más de un cuarto de plomo. ¿Qué otra cosa se pide? De mi parte rindo cuanto humanamente se puede dar; vivo alerta, sin perder un rumor y analizándolo hasta sus últimas consecuencias; y en mi memoria se consignan por géneros y derivaciones. Véase lo que es prudencia. Luego, la calle no conoce mi planta si no es para casos de extrema necesidad, que sólo se dan de tarde en tarde, pues en nada público intervengo y poco habrá que me afecte fuera de mi casa y mis anaqueleras llenas de gloria pura. Además, para quien goza la suerte de un buen abastecimiento no es violencia guardarlo y dar de lado otras pobres satisfacciones de los infelices despojados, que de modo tan fuera de sí se divierten, sin duda para olvidar su desgracia. Añátese el riesgo que en la calle se corre si uno es asaltado por necesidades del vientre, de las que aquellos están muy reservados. Las contadas veces que en largo espacio de años me he visto en la servidumbre de salir, bien me he cuidado poco antes de apurar mi cuerpo, aunque, aparte otras preocupaciones más fundadas, como es la de abandonar momentáneamente mi «depósito», he sentido la de que, por cualquier fenómeno físico, volviera a padecer ciertas urgencias en lugares pocos adecuados; en todo hay que pensar. Bien, que he tomado un coche y he volado de acá para allá, dando rápido término a todos los asuntos, pero de ningún modo habrá de asegurarse que tal riesgo no se pudiera dar. Sólo de pensarlo he sentido una gran turbación. He intentado prevenirme meditando lo más procedente de mis actos en semejante ocasión: de ir en coche, como el que lo conduce va aislado del ocupante principal, no habría temor en depositar allí mismo y después ordenar que me condujera a las afueras de la ciudad, donde sobor-